

A photograph of a narrow cobblestone street in a town. The street is paved with irregular, light-colored stones. On the right side, there are white buildings with dark, narrow windows. A yellow horizontal bar is at the top of the image. The text is overlaid on the upper part of the image.

Angel M^a de Lera

TIERRA PARA MORIR

Tierra para Morir comienza con la descripción de los personajes en lucha con el medio. Primeramente es el pueblo, bajo cuya desolación hormiguea una trama de pasiones en pugna. Después es este mismo pueblo, renacido momentáneamente al afluir a él por unos días parte de los que lo abandonaron. Y por último es la agonía irremediable del pequeño lugar cuando los emigrantes levantan nuevamente el vuelo hacia sus querencias lejanas, porque cada una de estas olas, al refluir, le succiona más elementos de vida.

Ángel María de Lera logra enteramente su propósito de revelar el drama de esos pueblos que se mueren a consecuencia de la crisis por que atraviesan hoy las estructuras económicas y sociales.

EN RECUERDO DE
ÁNGEL y MARÍA,
MIS PADRES,
QUE ME ENSEÑARON A AMAR
TODO LO HUMANO DE ESTE MUNDO

1

AL callar la motocicleta tras unos gruñidos finales, el aire se aquietó y el silencio volvió a condensarse. El hombre montó las ruedas traseras en el triángulo de hierro y se sacudió las manos después. Luego, acuciado sin duda por un deseo de fumar, largamente reprimido, sacó la cajetilla y encendió un cigarrillo canario. Y, al tiempo de expulsar la primera bocanada, miró a su alrededor.

Estaba junto a la puerta de la iglesia, cerrada. Casas desiguales y oscuras formaban una plazuela informe. Las puertas y las ventanas eran solamente recuadros más negros que las fachadas, como ojos cerrados. La noche caía de lo alto, grávida y opulenta. No se veían estrellas. En el cinturón del pueblo, los ladridos enrabiados se interrumpían ya y se apagaban, como una polvareda que vuelve a posarse.

Cuando el hombre echó a andar hacia la única esquina donde alumbraba una luz colgada de una palomilla de hierro, una sombra ondulante, a ras del suelo, cruzó la plaza y se detuvo a oliscar la motocicleta. Pero el hombre ya había embocado la empinada calleja. A ambos lados, casas achaparradas, de grandes puertas cerradas y con ventanas negras bizqueando sin orden en las paredes de piedra bruta. Ni un filo de luz por ninguna parte.

El hombre iba como contando las puertas y andaba vacilante sobre los pedruscos del pavimento. Tuvo que trepar por la escalinata de peldaños derruidos. Ya la luz de la esquina se había quedado atrás y hasta el final, en lo alto de la cuesta, no se percibía otra. El hombre pasaba de un lado

a otro, zigzagueando, para poder examinar cada una de las puertas y, de vez en vez, se detenía para orientarse. El perro de la plaza pasó rápido y en silencio rozándole las piernas y se perdió, cuesta arriba, confundido con las sombras. Sólo la punta roja del cigarrillo fulgía de cuando en cuando en medio de la oscuridad.

Se detuvo. Una de las puertas, partida por la mitad, tenía abierta hacia dentro la parte superior. Apoyó las manos en la parte inferior y asomó medio cuerpo al portal. La madera se le pegaba a la piel y la oscuridad a los ojos. Olía a paja vieja, a polvo y a soledad.

—¡Eh! —gritó a medias.

Pero la voz fue absorbida inmediatamente, sin ecos y todo quedó sordo y plano otra vez. El hombre entonces tiró con rabia el cigarrillo, que chisporroteó igual que su cólera, y siguió, más de prisa, sin mirar ya a los lados. Pero, de pronto, se detuvo nuevamente. De algún sitio salía un rumor de voces, apagado y triste, como un lamento. Una de las casas sacaba la barriga hasta la mitad de la calle, lo que le obligó a describir un pequeño rodeo, y, cuando salvó la curva, la melopea le llegó a los oídos más clara y punzante. Enfrente, haciendo esquina con otra vía transversal, se abría otra media puerta, dejando ver dentro una mancha de difusa claridad. Se dirigió hacia allí decididamente, pero antes de poner su mano en el tablero, oyó una grave voz de hombre que le preguntaba:

—¿Es usted don Pedro, el médico nuevo?

—Sí —respondió, añadiendo seguidamente su pregunta—: ¿Y es esta la casa del señor Claudio?

—Pase. Temí que no acertara con ella.

En ese momento, la claridad que, junto con el rumor de rezos, llegaba de la cocina inmediata, descubrió la figura de un hombretón en mangas de camisa y chaleco.

—El camino no puede estar peor —comentó el recién llegado.

Ya el otro había abierto la puerta y el médico pudo entrar en el portal.

—Por eso le mandé el recado con el Manquillo, que lo conoce como pocos, y le dije que le acompañase.

—No estaba yo en casa y tuvo que buscarme. Y yo no me atreví a traerlo conmigo en la moto, de noche y por caminos tan malos.

—Bueno; no hay por qué apurarse. El Manquillo es buen andarín.

La claridad cogió de frente a Claudio y dejó ver su rostro de fuerte traza: mandíbulas duras, cejas enmarañadas, ojos metálicos. Su barba sin rasurar, como el pelo de su corto flequillo, eran entrecanos; y la boca de labios firmes mostraba dientes parejos y grandes. Por la garganta le corrían fuertes tendones que se le abultaban al erguir la cabeza.

—Antes teníamos médico propio en el pueblo; pero ahora... —murmuró sin mirar a don Pedro como si le avergonzara decirlo.

—Sí, ya sé.

Claudio señaló el arranque de la escalera.

—Por ahí, don Pedro. Cuando guste.

Pero el médico no se movió. Seguía el rezo, con voces de mujer, entre suspiros y bostezos.

—Y la enferma, ¿cómo está? —preguntó.

Claudio se le quedó mirando, como sorprendido.

—¿No se lo ha dicho el Manquillo? Me creo que en las últimas.

El médico se contrajo y dijo, desabridamente:

—Podía haberme avisado antes.

Y, sin mirarle, dio un par de pasos hacia la escalera. Claudio permaneció quieto.

—Este sufrimiento de mi mujer viene de largo, ¿sabe? Ya no es cosa de medicinas. Todo tiene su fin, y no hay por qué echárselo en cara a nadie. Otra vez me tocará a mí.

Entonces se movió, pero el médico, vuelto hacia él, le miró a los ojos, cubiertos por las sombras de las pestañas. Tras una vacilación, se contuvo, diciendo solamente:

—Bueno, vamos a verla.

Pero de repente pareció sentir como un agujonazo y le preguntó:

—¿Por qué reza tan alto esa gente?

El dueño de la casa se encogió de hombros.

—¿Le molesta a usted?

—No. A mí, no. Pero no creo que le haga mucha gracia a la enferma si lo oye. ¿Comprende?

Sin replicar, Claudio se asomó a la puerta de la cocina y desde allí ordenó, autoritariamente:

—¡Bajar la voz! ¿Es que hasta para rezar tenéis que armar escándalo?

Instantáneamente se cortó el rezo, para seguir después como un murmullo apagado.

Los escalones de roble crujieron bajo el peso de los dos hombres. Mientras subían, preguntó el médico:

—Es usted el alcalde, ¿no?

—Sí, ya va para diez años que lo soy, los peores. Parece que ha caído la negra en el pueblo desde que cogí la vara.

Claudio empujó la puerta entreabierta de la alcoba. Él ocupó un momento todo su vano y, al apartarse para dejar paso a su acompañante, dijo:

—¡El médico!

Entonces quedó a la vista la cama matrimonial, de grandes dimensiones, muy alta de colchones y almohadas. La luz de la mesita de noche, velada por un trapo rojo, dejaba la habitación sumida en leve resplandor encarnado.

El médico se acercó lentamente al lecho, al tiempo que oía una voz dulce y contenida, que le saludó:

—¡Buenas noches!

—¡Buenas noches! —repitió él mecánicamente, y, al mirar hacia donde había salido la voz, distinguió en la sombra la figura de una mujer joven, en pie junto a la cama, con las

manos cruzadas bajo el pecho, que le miraba con ojos asustadizos. Entonces, añadió—: ¡Perdón! No la había visto.

La muchacha parpadeó y movió los labios, pero no dijo nada. Don Pedro había ya descendido su mirada al lecho y pudo entrever la faz de la enferma, sobre la almohada. Se inclinó para verla mejor y alargó una mano para tomar una de las que yacían, pálida e inerte, sobre el embozo.

—Alumbre, padre —dijo entonces la muchacha.

Claudio quitó la funda roja a la bombilla y la habitación se llenó bruscamente de claridad. La enferma quedó así en relieve. A pesar del negro pañuelo de cabeza, algunas crenchas cenicientas le caían sobre el rostro pálido y sutil. Tenía los párpados caídos, que la irrupción de la luz ni siquiera estremeció. Su cuerpo se hundía en el colchón, del que apenas sobresalía la curva del vientre. No se oía casi su respirar y su quietud era absoluta.

Don Pedro seguía atentamente los latidos de su pulso en medio del ansia y del silencio. La muchacha permaneció quieta, contenida la respiración, fijos sus grandes ojos en la frente arrugada del médico.

Claudio, cuadrado y seguro, dijo, con los ojos cerrados y clavada la barbilla en el pecho:

—El otro médico, el que murió antes de venir usted, me dijo que tenía un tumor maligno, que podíamos llevarla a la capital para que la viese un especialista, pero que seguramente los cirujanos harían una carnicería con ella, más que nada por ensayar... Yo estaba dispuesto, a pesar de todo, pero ella nunca quiso.

Habló en tono frío, como si fuera recordando algo muy lejano, pero la voz, no obstante su evidente esfuerzo para dominarla, se le pegaba a los labios, insegura.

Se acercó al médico y añadió, mirando su perfil:

—Por eso no le avisamos antes, ¿comprende?

Don Pedro afirmó lentamente con la cabeza y dejó la yerta mano de la mujer sobre la sábana.

—Ha entrado en coma —dijo con voz ronca.

—¿Y qué significa eso?

La pregunta era como un grito amordazado en los labios de la joven, cuya mirada se cruzó con la del médico, aunque hubo de retirarla prestamente, parpadeando. Vestida de oscuro, se podía apreciar su rostro moreno de grandes ojos castaños, sombreados por pestañas negrísimas. Su boca era como una pincelada oscura, rasgada, de finos labios. Más arriba, sus cabellos, sombríos y enmarañados.

—Descúbrala, ¿quiere? —dijo él, recorriéndola con la mirada.

Ella se atrevió a alzar sus ojos hasta los del hombre, interrogando, pero él afirmó con la cabeza, por lo que la muchacha se inclinó y, con sumo cuidado, después de colocar suavemente los brazos de la paciente debajo de las sábanas, fue descorriendo la ropa que la cubría, hasta los pies. Ya solo velaba el cuerpo enfermo el blanquísimo camisón ante el que se detuvieron sus manos indecisas. Tuvo que ser él quien se lo subiera hasta la barbilla, dejando al desnudo la exhausta anatomía femenina. La joven cerró los ojos y Claudio se estremeció levemente.

Era un cuerpo flaco, en los puros huesos. La poca carne de las piernas semejava un pellejo desinflado. Tan solo el vientre se presentaba terso e hinchado. El médico frunció las cejas.

—¿Qué es eso? —preguntó, indicando algo aplastado sobre la curva pletórica del vientre.

Los dedos de la muchacha retorcieron los bordes del cuello de su vestido.

—Verá... —dijo, titubeando, y añadió—: Es que la señora Rosario me dijo que era un remedio muy bueno para los dolores y...

—Yo bien pensé que era una tontería —le interrumpió el padre—, pero no quise quitarle el capricho.

—Pero ¿qué es? —insistió don Pedro severamente.

La muchacha estaba a punto de llorar, pero pudo dominarse aún para decir:

—Una cataplasma de hierbas y vidrios machacados.

—¡Quítela de mi vista, por favor!

La cólera científica vibró en el aire de la alcoba y, rápidamente, las temblorosas manos de la muchacha hicieron desaparecer el extraño envoltorio, con lo que quedó al descubierto un rodal enrojecido en el lugar que ocupara.

—Es increíble que ocurran todavía estas cosas —murmuró don Pedro, mientras palpaba ligeramente la tensa piel. Luego hundió los dedos exploradores en la abultada carne. La enferma exhaló un soplo que quería ser un quejido. Padre e hija se miraron por encima de la inclinada figura del médico, y a ella se le escaparon dos lágrimas silenciosas.

No duró mucho rato la tensión. Don Pedro mismo bajó el camisón y cubrió después el cuerpo de la enferma con la ropa de la cama. Luego, se volvió a Claudio. Un instante chispearon los ojos de los dos hombres, al tiempo que los de la muchacha se abrían cuan grandes eran.

—Lo siento —dijo aquel lúgubrementes.

Estalló un sollozo. La joven cayó de rodillas junto al lecho y comenzó a besar apasionadamente una de las manos de su madre.

—Vamos —y el médico cogió de un brazo al marido, pero este se volvió para advertir a su hija, con la voz quebrada:

—Ya has llorado bastante, Noemí. Esto tenía que suceder un día u otro.

Al salir de la alcoba, dejándose a la espalda el lloro convulso de la muchacha, el médico preguntó:

—¿Ha dicho Noemí, o es que he oído mal?

—Ha oído bien, don Pedro.

—Bonito nombre, pero es extraño oírlo en un pueblo así. Crujían nuevamente los escalones bajo las pisadas de los dos hombres.

—Sí —suspiró Claudio—. También eran raros los de mis dos hijos difuntos: Josué e Isaac. Los aprendí en la Biblia y

me gustaron porque se salían de lo corriente. Y ahora creo que fue como una maldición para ellos.

—No piense en eso. ¿Qué más da un nombre que otro? Lo que más me sorprende es que usted sea un lector de la Biblia.

—Lo fui hace ya tiempo. Me dio por ahí, para poder discutir con el cura.

Habían llegado entre tanto al portal y se detuvieron mecánicamente. Por un momento permanecieron callados sin querer mirarse a la cara.

—Así que... —murmuró al fin Claudio.

Fue como la señal para volver a mirarse.

—No creo que salga de esta noche, señor Claudio. El aludido bajó la cabeza. Dudó. Luego dijo:

—Verá... He pensado que... Para no tener que molestarle mañana, pongo por caso, podría usted dejarme firmado el certificado. Tengo ya el papel.

—No, hombre, no. ¡Eso es imposible! —Saltó don Pedro—. No puedo certificar sin comprobar antes personalmente su defunción.

—Comprendo, comprendo, pero... —y se encogió de hombros, añadiendo después—: Yo lo decía por su comodidad únicamente.

—No me cuesta mucho trabajo volver mañana. Y aunque me costase.

—Está bien, está bien... Antes teníamos médico propio, pero ahora... —volvió a excusarse tímidamente.

—Sí, sí, ya lo sé.

—En fin, haga usted lo que mejor le parezca.

Se despidieron en la puerta y el médico desapareció aprisa en la revuelta de la calle. Claudio quedó inmóvil, apoyado en la media puerta, sordo a las que rezaban un rosario interminable, e insensible asimismo al fresco relente de la noche. La motocicleta del médico dejó oír sus estampidos, primeramente secos y detonantes, como disparos de arma automática, y, después, tal que simples resoplidos,

cada vez más débiles y lejanos. Finalmente, la noche se quedó en silencio, suspensa, arrojando al pueblo.

Claudio permaneció con la frente apoyada sobre las manos hasta que el ruido apagado de unas blandas pisadas y un carraspeo de hombre le hicieron erguirse. Se pasó una mano por los ojos y suspiró profundamente. Luego, al ver la figura que brotaba de la oscuridad, preguntó:

—¿Eres tú, Manquillo?

—Sí —respondió, aproximándose más, el recién aparecido, que agregó—: Me he cruzado con el médico, pero no se ha querido parar. ¿Qué ha dicho, señor Claudio?

La puerta chirrió, movida por Claudio.

—Anda, pasa.

El Manquillo obedeció en silencio, mientras el otro añadió:

—Tenemos mucho que hacer todavía esta noche. Entonces el Manquillo hizo intención de dirigirse a la cocina, atraído seguramente por el mosconeo femenino de los rezos, pero Claudio le cogió de un brazo.

—Deja los rezos para las mujeres y tú ven conmigo.

Y, precediendo al Manquillo, atravesó el portal y penetró en un ámbito más oscuro aún, donde se percibía como un confuso alentar. Al dar a la llave de la luz, quedó a la vista la enorme cuadra en cuyo fondo, junto al largo pesebre, dormitaban dos mulas y un borriquillo. Por aquí y por allá, aparejos, herramientas, sacos de pienso... Del techo colgaban telarañas tupidas y polvorientas. El suelo de tierra se hallaba acolchado por una capa de estiércol reseco.

El Manquillo era un hombre todavía joven, delgado, de barba oscura, con el cabello montándole las orejas. Se le notaba la falta del brazo derecho, cercenado por el codo. Allí terminaba la manga de la chaqueta, cosida en forma de saco, en contraste con la otra, que dejaba asomar al sano más de una cuarta.

Los animales, sorprendidos por la inesperada irrupción, volvieron perezosamente las cabezas hacia los intrusos y comenzaron a mover las colas. El asno, más juguetón, dio un hocicazo a la mula más próxima, lo que produjo un conato de jugueteo entre las bestias.

—¡Quietos! —gruñó el amo, mordiendo las palabras, a las que el Manquillo puso acento chascando la lengua.

Los animales se tranquilizaron inmediatamente y Claudio se dirigió a un rincón, donde, entre varias herramientas, eligió una azada. Después, lanzó una espuerta a los pies del mozo. Mientras este la recogía, se echó al hombro la azada y, luego de hacerle una seña para que le siguiera, apagó la luz.

Los dos hombres abandonaron la cuadra y atravesaron el portal sin detenerse, a pesar de que ya no se rezaba en la cocina y las mujeres habían empezado a comentar las virtudes de la enferma. Salieron a la calle y, sin cruzar una sola palabra, descendieron la cuesta, llegando a la plaza a través de un silencio apretado. La noche se aplastaba contra el humilde caserío, del que solo se destacaba la cuadrangular y achatada torre de la iglesia. El blando rumor de las pisadas quedaba ahogado por el acompasado chasquido de los pantalones de pana. Hasta que cruzaron el puente sobre el arroyo no se despertaron los ladridos de los perros. Pronto fue como un círculo invisible de alarma, pero los dos hombres siguieron adelante sin hacer caso. No obstante, el Manquillo miró a su compañero y abrió la boca como para decir algo; pero al verle con la cabeza hundida entre los hombros, todo él una sombra compacta y hosca, optó por callarse.

Dejaron el camino principal y Claudio tomó la delantera por otro secundario, más estrecho, que daba algunas vueltas por la ladera del collado fronterizo. El Manquillo levantó entonces la cabeza para mirar hacia arriba y se estremeció ligeramente, teniendo que acelerar el paso para no quedarse demasiado atrás.

Claudio, en cuyos hombros la azada parecía una cruz, trepaba por la cuesta resoplando poderosamente. Así llegaron a lo alto, pero el viejo no se detuvo ante la desvencijada puerta flanqueada por dos cipreses, sino que dio vuelta a la esquina. Y penetró en el recinto saltando por el hueco donde la pared se había derrumbado. Al otro lado de la brecha se ofrecía la desolada visión del cuadrilátero del cementerio, donde emergían algunas cruces entre las altas hierbas. A todo lo largo crecían opulentas zarzamoras que se desbordaban hacia el exterior, por encima de la tapia.

Claudio se detuvo para respirar hondo y mirar a su alrededor. Entonces se dio cuenta de que estaba solo. Meneó la cabeza y se volvió para gritar, ahogando la voz:

—¡Manquillo!

Como no obtuviera ninguna respuesta, retrocedió hasta la abertura del muro.

—¿Estás ahí? —preguntó.

—Sí, aquí estoy —respondió el mozo.

—¿Por qué no pasas? ¿Es que tienes miedo?

—No me gustan los muertos, señor Claudio.

—Anda, no seas mandria. Aquí no hay más que huesos, hombre.

—Sí, pero...

—Bueno, si no me ayudas esta noche, te quito el correo. ¿Estamos?

Siguió un corto silencio y, al fin, apareció en el vano de la tapia la silenciosa y encogida figura del Manquillo. La oscuridad impidió que Claudio le viera temblar. Sin embargo, antes de echar a andar, el viejo murmuró.

—¡Vaya unos mozos los de ahora!

Y, sin más titubeos, se dirigió donde se levantaba la cruz más alta. A su pie, la maleza, entre la que sobresalían los largos tallos de la falsa cebada, formaba una salvaje alfombra de abandono. Rastreó rabiosamente la hierba con el pie y exclamó:

—¡Malditos yerbajos!

Cuando se hubo desfogado así, ante la mezquina presencia del Manquillo, volvió a decir:

—Desde que Santos, el alguacil, se fue a Alemania, nadie a vuelto a cuidarse de tener limpio el camposanto... Y tú no vales para esto, ni tampoco el Mocoso... ¡Estamos aviados con los hombres que han quedado en el pueblo!

El Manquillo no replicó y quedó aguardando, con la mirada clavada en la recia espalda de Claudio. Este se escupió las manos y empuñó la azada. Luego, dijo:

—Tengo enterrados aquí a mi Josué y a mi Isaac. Ahora le toca a mi mujer... ¡Ay Dios! —y tras una pausa, entre golpe y golpe de azada, añadió—: ¿Cuándo me llegará el turno?

Hablaba para él, como si pensase en voz alta:

—De esto no hay quién se escape... Pero tendrá que aguardar la muy ansiosa a que tenga un nieto siquiera. Mejor hubiera sido un hijo, pero... A falta de un hijo, bueno es un nieto para amo de todo.

La azada subía y bajaba, relampagueando brevemente. Claudio cavó furiosamente durante un rato, dejando oír su acompasado jadeo. Gemía a cada viaje por el esfuerzo y el ruido que seguía era como el de un bocado de pan correoso, cuyo eco arrastraba por el campo el recién nacido viento de la madrugada.

Al cabo, se detuvo y, silbándole la respiración, tornó a rezongar:

—Está blanda. Cómo se conoce que es la mejor tierra de todo el término municipal, la mejor abonada y la más descansada... —y, después de una nueva pausa, volvió el rostro hacia el Manquillo para ordenarle—: Trae la espuerta.

El mozo, intimidado, se la echó a los pies. Pronto quedó llena de tierra y el Manquillo, sirviéndose de su única mano, ayudada hábilmente por el muñón, la arrastró fuera y la volcó.

Los perros hacía ya rato que habían enmudecido. El aire de la noche creció, moviendo murmullos en las altas copas